



AÑO II

NÚM. 36

BOLETIN INTERIOR
DE LA 38 BRIGADA

Madrid, jueves 3 de febrero de 1938



En qué se apoya el fascismo

(Retazos del programa nacional-sindicalista)

Cuando se habla del fascismo, por lo general se suele calificar de fascistas a todos los que luchan en el campo desleal. Nada más erróneo. Las grandes distancias programáticas existentes entre Acción Popular, requetés y falangistas son imposibles de andar dentro de la guerra, y por ello mucho menos si llegase la paz. El fascismo español, producto casi exclusivo de la exaltación del hijo de un dictador, no tenía bases para hacer una organización de masas, ya que en la F. E. se refugió el señorito, que, sin ideas, creía que "aquello" era la salvaguarda de su capital. Tuvo que surgir el ofrecimiento de Franco a Hitler y Mussolini, para que aquellos, entusiasmados con la probabilidad de explotar las grandes riquezas de nuestro suelo, llegasen a España portando los procedimientos fascistas. Quizá fueran los que se llamaban fascistas aquí los primeros sorprendidos. Cuando empezaron a gravar impuestos enormes, cuando les obligaron a desembolsar "su dinero", cuando, para suavizar el ambiente, se unificaron requetés y falangistas — unión ficticia que no perdurará— y se obligó a convertirse en cotizantes para el movimiento "nacional" a los terratenientes más importantes, éstos, entonces, sin guía ni timón—Gil Robles no les sirve—dejaron de simpatizar con el calor de antes con los que no respeta-

Ametralladoras de nuestra Brigada.

(Foto Zamorano.)

(Continúa en la página 3.)



Magnífico de táctica y disciplina, el Ejército sigue luchando por la libertad.

TIEMPO

Cronos, que dicta el tiempo, es quizá quien verá cuantas fases se plasman en la pantalla de este film tan monstruoso, que todos tratamos de borrar de nuestra imaginación como pesadilla de aquelarre.

* * *

Terror; y no sé si es, en efecto, su verdadera denominación; cómo explicar los hechos acaecidos desde la iniciación de la revolución española, en donde no hay un palmo de tierra que no haya sido regada con sangre de héroe en la batalla, de mártir en el terreno de la opresión, maldad y terrorismo, invadido por la razón social italo-germana.

Por mucho que ese tiempo transcurra, no se podrá borrar (no en esta generación), sino en las venideras los gestos de pánico reflejados en los tiernos rostros de infelices criaturas que ya no piensan en jugar y ven constantemente en cada minuto a la "Parca" con sanguinolenta guadaña segar su corta vida.

La existencia de ese tiempo, tras de no perjudicar más que en la ruta de la vida civil ha servido para que hayamos forjado al mismo tiempo de batallar un Ejército regular que, sin duda alguna, compite con las mayores exigencias de la guerra, ya que como un solo hombre acudió todo un pueblo para defender sus libertades, justificadísimas en todas sus fases.

Este Ejército, bien capacitado y orgulloso del cometido para el que está designado, se impuso la disciplina voluntariamente, y porque su criterio

comprendió que al correr del tiempo tenía que fortalecerse para una victoria próxima, pero llena de dificultades, combatió y combate incansable.

Lo allana todo el tiempo, continuaciones de minutos, horas, meses..., para llegar a la conclusión, que es lo que queríamos; y que a ellos, a los otros, a los que nunca creyeron en nuestra fortaleza, les pesa en grado sumo el tiempo que a nosotros nos dieron, y que aprovechamos milésima a milésima sin desperdiciarle, y en eso hemos consignado todo nuestro afán.

Poco es lo que ya nos falta, y no hay que desmayar, sino todo lo contrario; ahora es cuando más se necesita de esos abnegados voluntarios que tanto dieron por la libertad de sus de-

¡España en pie!

Esta es la consigna que hemos de recordar siempre, para que no tengamos nunca que lamentar un descuido que, por involuntario que sea y nos parezca, pueda dar motivo a sorpresas de tipo reaccionario.

Debemos tener presente que si entre nosotros tenemos espionaje (y que es muy difícil depurar por estar muy infiltrado), también hay en el campo enemigo hermanos nuestros que, exponiendo sus vidas, laboran para la equivocación en los proyectos fascistas, dándonos así ocasión de acumular victorias como las que bien probadas están en estos últimos meses.

Los que siendo proletarios y se encuentran al otro lado, no desean más que nuestra victoria; sienten la causa, pero no tienen ocasión de exteriorizarla, porque al hacerlo se exponen a las duras y crueles represalias a que el terrorismo mussolinés los tiene sometidos. Héroes anónimos son los que laboran calladamente por nuestro triunfo: un maquinista que descarrila un tren con tropas mercenarias y que con él sucumbió; un soldado que llevado como guía equivoca los caminos y entorpece así el destino del enemigo, y cuantos, que al respirar en sus encierros, en las trincheras enemigas, dicen siempre, como buen español: ¡España en pie, que es nuestro lema!

MA-ARFEL

rechos, y luego ese tiempo que esperamos con tanto afán nos dará lo que a cada uno se haya hecho acreedor.

ARGILES



Ametralladoras "rojas" que vencerán al fascismo.

(Fotos Zamorano.)

PANORAMA INTERNACIONAL

Mussolini, persistiendo en su cinismo, lanza el más absurdo de los retos a las potencias representadas en Ginebra. Envalentonado sin duda por la constancia de los fracasos en la población suiza, se permite el lujo de continuar provocando, siguiendo la misma táctica chulesca de siempre. Encariñado sin duda con tal procedimiento, ya que siempre le ha dado excelentes resultados, sigue en su "línea" que hasta hoy no ha desviado nadie. La táctica no da malos resultados, sobre todo encontrando el temor enfrente de no querer llegar a la guerra. Claro que si se tuviera en cuenta a España, seguramente la guerra hace ya tiempo que se hubiese extendido.

La valentía de Mussolini se manifiesta en sus palabras... "Italia defenderá su paz —¡bufón!—contra todos." Mussolini, por lo visto, defiende "su paz" provocando la guerra... ¡Absurdo y soberbio personaje!; sin ser un genio, como otros que acabaron desterrados, hablas con más osadía que ellos. La imposición violenta de los principios fascistas no puede dominar a los países demócratas, y si éstos conservan una actitud discreta que el fascismo considera como cobarde, que persistan en su actitud; que sigan insultando y retando chulescamente. ¡Algún día se agotará la paciencia, y entonces sabréis en dónde reside la verdadera fuerza.

—o—

Noticias de última hora

Ginebra.—Esta mañana ha continuado sus trabajos la Comisión de reforma del Pacto.

El delegado de China ha declarado que, por propia experiencia, sabía que el Pacto no se había redactado con la voluntad de realizar la universalidad. Pidió que el Pacto se aplique íntegramente, ya que ello sería de más valor que cualquier acto de revisión.

Intervino el delegado de los Soviets, camarada Litvinov, quien, en brillantes párrafos, se refirió a lo estipulado en el artículo 16, que el orador considera como el verdadero nervio de la Sociedad de Naciones. "Si este artículo se derogase —dijo—, se paralizaría todo el sistema, en un momento en que lo necesario es reforzar las estipulaciones de dicho artículo, ya que, si no se hiciese así, la ola de agresiones desencadenada por algunos países se extendería a todo el mundo, amenazando a aquellos que se creen seguros."

El delegado del Irak se sumó a las declaraciones del camarada Litvinov, esti-

mando que una reforma del artículo 16 no es propicia y, por el contrario, lo necesario es reforzar este artículo.

El delegado turco manifestó que aunque no era opuesto a una reforma, estimaba que el momento actual no era oportuno. También se manifestó en contra de cualquier reforma que debilite este artículo el delegado de Colombia, y lo mismo hicieron los representantes belga y chileno.

Acto seguido se levantó la sesión, para continuarla por la tarde.

Londres.—El jefe del Gobierno, Chamberlain, ha recibido hoy a varios ministros,

En qué se apoya el fascismo

(Viene de la página primera.)

ban lo único sagrado que creen existe en el mundo: su capital. De aquí que las divergencias se hicieran más claras y que enconándose las pasiones tuviese que salir Hedilla—jefe de Falange después de la muerte de Primo de Rivera—violentamente de España, para ir a refugiarse al sitio señalado por el embajador alemán.

El fascismo no es revolucionario, pero pretende serlo. Su programa, hecho por la mano experta del traidor integral, mantiene en algunos puntos la conveniencia de creación de sindicatos, y aunque no hace desaparecer al capitalista, le restringe tanto sus derechos, que teóricamente desaparece como tal, quedando relegado a ser una especie de enlace entre el conglomerado de trabajadores que laboran en el Sindicato y el Poder central. Teóricamente se admite eso. Prácticamente, no.

Pero el fascismo sabe que necesita masa, y quizá para atraerla, entre las clases media y proletaria sin organizar, en los sitios que les corresponde (en los sindicatos obreros), combina la propaganda contra el proletariado que está equivocado, en sindicatos y partidos de izquierdas, y al mismo tiempo aprovecha la ingenuidad del campesino y falta de perspicacia del empleado o el obrero sin conciencia, al que atrae, deslumbrándole, con su pomposa artificialidad o proporcionándole a tiempo el pan, que luego le ha de cobrar con creces, esclavizándole de manera despiadada.

Aparte de que Falange, en la Espa-

ña sublevada, obliga a afiliarse desde los catorce años, su política traicionera pretende siempre captar un número de ingenuos.

Además, ante el dilema de perecer o afiliarse, muchos compañeros nuestros han engrosado sus filas, dando a la F. E. una fuerza aparente, que está muy lejos de tener. La "manga ancha" que la organización nacional-sindicalista (?) tiene, se deriva, sin duda, de la necesidad de oponer masa al clericalismo, que amenazaba con erigirse en director y guía del movimiento "nacional".

Ante el peligro que para Falange suponía esto, no tuvieron más remedio los fascistas—el pequeño grupito de fascistas auténticos—que abrir las puertas para que entrara todo aquel que quisiera en sus ficheros.

Podemos deducir, pues, con la certeza más absoluta, que numéricamente F. E. es fuerte, si tenemos en cuenta el número total de militantes. Pero, si investigásemos el verdadero sentimiento de cada uno de ellos, deduciríamos que Falange, salvo un pequeño aumento, continúa siendo la organización diminuta que hizo el más espantoso de los ridículos en las elecciones. Y ese número que le da hoy importancia, supone el mayor peligro para F. E. Quizá en estos momentos no sea posible esperar nada, pero si desaparece el temor, muy justificado, a la cruel represión que ejercen, entonces veremos producirse fenómenos en el terreno faccioso que nos sorprenderán gratamente.

M. T.

TACTICA MILITAR

Algunas observaciones que conviene tener presentes para el mando de las pequeñas unidades

Movimiento.

(Continuación.)

El escalón de fuego de batallón: máquinas de acompañamiento y compañía de ametralladoras, actuará generalmente a las órdenes directas del jefe del batallón encargado de regular su intervención en el combate, y marchará en el puesto que se le designe en el dispositivo tomado por el batallón. La situación táctica o la necesidad de garantizar al primer escalón la potencia de fuegos necesaria, exigirá a veces el fraccionamiento de estas unidades, para asignarles máquinas sueltas, y de un modo más general, grupos de máquinas, a las compañías de primera línea, las que deberán conducir las, como ya se ha dicho, con su segundo o tercer escalón, para batir sus objetivos por los intervalos, y, si esto no fuese posible, marcharán con el primer escalón, bajo cuya protección establecen sus posiciones y realizan su tiro. En este caso hay que subordinar el movimiento de las unidades a las exigencias del fuego de ametralladoras, lo que siempre es factible dentro de la zona de acción de la compañía, por el empleo del dispositivo que mejor se preste a esta necesidad. Igualmente se procede si las armas agregadas son morteros o cañones de Infantería, aunque en este caso, la mayor facilidad de estas armas para realizar el tiro curvo permitirá, generalmente, su empleo en el segundo escalón, lo que también es más conveniente para lograr para ellas una mayor invisibilidad.

Fuegos.

La ruptura del fuego debe hacerse cuando no se pueda continuar el avance sin el empleo de dicho medio, lo que da lugar a que, durante el período en que se realiza el avance bajo el fuego, sin emplear el propio, se fundan el período último de la marcha de aproximación con el primero del combate y de aquí que el paso de uno a otro sea insensible y esté justificado el empleo en la aproximación de verdaderos órdenes de combate.

Las formaciones de más frecuente empleo bajo el fuego, serán, para las pequeñas unidades, la desfilada y la guerrilla; la primera tiene sobre ésta la ventaja de que dificulta la corrección del tiro de Artillería y se presta muy bien a la marcha y utilización de itinerarios desfilados; la segunda se caracteriza por su reducida vulnerabilidad y se empleará siempre que haya que atravesar zonas batidas por el proyectil de metralla y para las tropas que haya que emplear en fuego.

Como en las formaciones de aproximación, en el empleo del medio fuego, hay una variación progresiva creciente en intensidad. A la simple protección del fuego artillero sucede el empleo de las ametralladoras, generalmente a 2.000 metros (y desde los 3.000, con puntería indirecta), bajo cuya protección se progresa hasta que se hace precisa la intervención de los F. A. (normalmente a 800 ó 600 metros) con los que, en unión de las ametralladoras, se continúa el avance hasta los 400 metros o menos, donde el empleo del tiro individual de precisión se hará, por regla general, indispensable; no obstante esta distribución, debe tenderse a llegar a la distancia mínima con el menor desgaste y por consiguiente romper el fuego solamente cuando sea preciso.

Se ha dicho antes (Movimiento) que las unidades de ametralla-

doras podían, en ocasiones, fraccionarse para acompañar a las compañías de F. A., dándoles así la necesaria potencia de fuegos.

Tanto en este caso como en el general de actuar la unidad reunida, debe tenerse presente que dichas armas pueden hacer su fuego por encima de tropas o por los intervalos de un orden de combate, contra objetivos terrestres o aéreos y actuando de día o de noche; que por las características de su fuego está indicado su empleo para batir los objetivos de flanco o de enfilada y por sorpresa, y para

crear barreras infranqueables, y rechazar contraataques; y que sus posiciones pueden y deben hallarse desfiladas, y caso de tener que recurrir a asentamientos descubiertos, se deben enmascarar.

La progresión bajo el apoyo constante del fuego de F. A. ha conducido a la necesidad de mecanizar la maniobra de las pequeñas unidades combinando convenientemente, con la intensidad de aquél, el movimiento del escalón de fuego y del escalón de choque. Esta combinación de la maniobra de las unidades de fuego y choque es

algo difícil de realizar y casi imposible cuando no se tiene la superioridad, lo que impone la conveniencia de avanzar cuanto se posible aun bajo la acción del fuego, sin responder a él; la intensidad y eficacia del enemigo indicarán cuál es el momento de abrir el propio y esto deberá hacerse con la violencia necesaria para lograr rápidamente la superioridad; de otra forma es hacer el combate lento, sufrir un mayor desgaste y restar cualidades ofensivas a la tropa. Pretender lograr la necesaria superioridad de fuego por la entrada sucesiva de fusile-

ros en línea, es un error, pues son mayoría las probabilidades de bajas que se logran que el apoyo que prestan al avance; la superioridad es preciso lograrla por superposición del fuego de otras unidades o de nuevas armas auxiliares y principalmente por la acertada dirección que de él se haga.

El avance de las escuadras de granaderos, mientras éstas estén en segundo escalón, se realiza siempre bajo la protección del F. A., lo que exige mantener un enlace íntimo entre ambos escalones.

Para los saltos deben las escuadras de granaderos aprovechar los momentos de debilidad en el fuego enemigo o de máxima intensidad en el propio, y si los cabos de granaderos no pueden precisar cuándo se logra ese efecto, será el jefe del pelotón quien les dé la señal para producir el salto. Cuando todas las es-

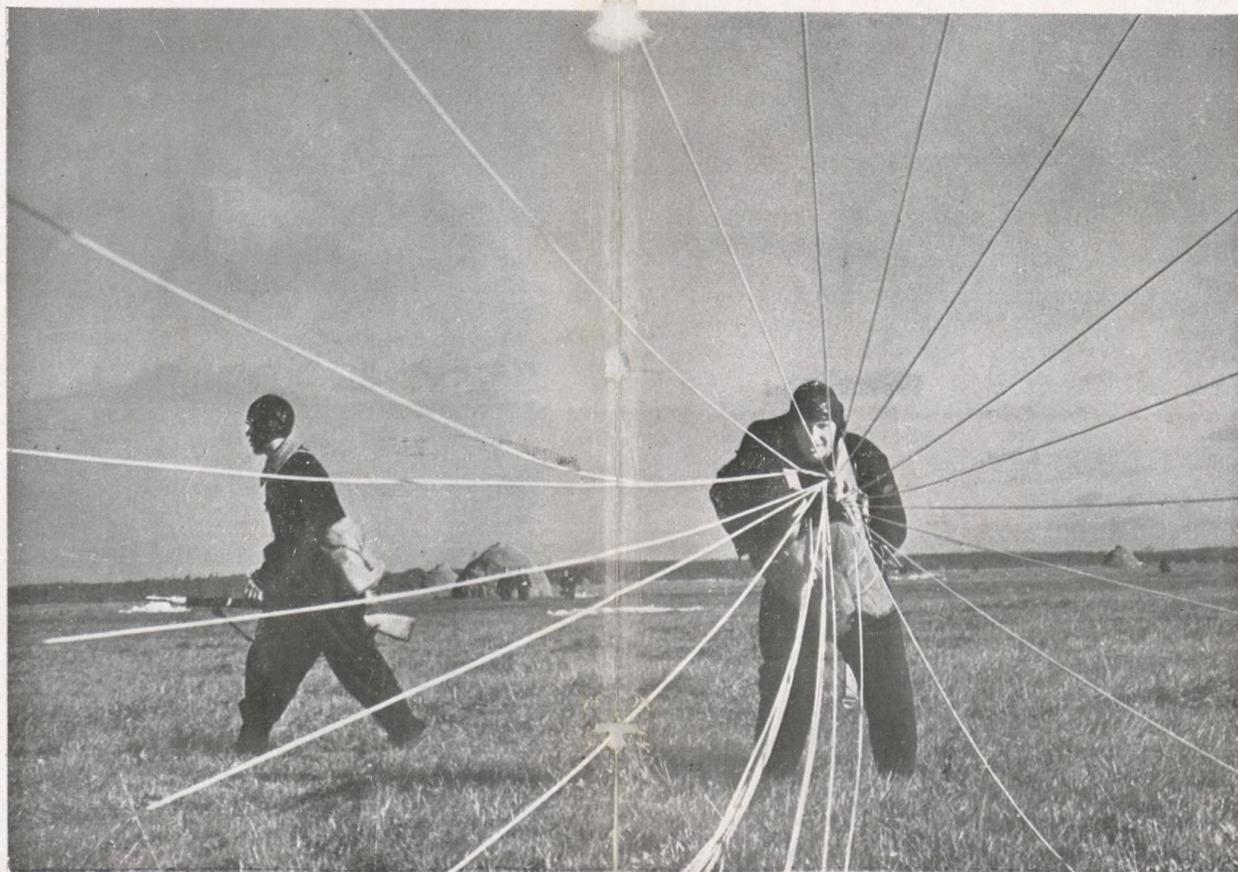
cuadras estén en la línea de fuego, se realizan los saltos, siguiendo los mismos principios, combinando el fuego de los fusileros con el de los F. A.

A 200 metros del enemigo, cesa, si existía, la protección de la Artillería y se entra en la zona donde es más difícil el avance, hasta lograr la distancia de asalto; tanto más difícil cuanto más ineficaz haya sido el tiro artillero y el propio, y por tanto, aparezca el enemigo menos quebrantado. En general, a esta distancia, se detiene la progresión de los F. A., que emplean toda la potencia de sus fuegos en lograr la protección del avance de los granaderos. Cada escuadra, de los dos del pelotón, o las dos de cada pelotón, deberán marchar sobre un objetivo concreto, al que atacarán tratando de desbordarlo, o lo que es lo mismo, actuando por los flancos. Tratarán, por la alternancia de su movimiento, de obligarle a repartir el tiro (lo que debilita) o a concentrarlo sobre una de ellas, momento que aprovechará la otra para avanzar. Esta maniobra será tanto más difícil cuanto peor preparado haya sido el asalto, el cual nunca deberá realizarse si el defensor conserva toda su potencia de fuegos; sólo una necesidad de orden moral puede imponerlo.

Como la acción por el fuego de los F. A. y de las ametralladoras se complementa, sobre todo cuando estas últimas han sido agregadas a las compañías de primera línea, deberá regularse el movimiento de ambas armas de modo que, por efecto de los cambios de emplazamiento, no desaparezca por completo su fuego, procediéndose, si es preciso, por saltos de máquina aislada, sobre todo si continúa la progresión sin que los objetivos hayan sido suficientemente batidos.

Durante el avance y, más especialmente, durante el combate por el fuego, todo jefe de unidad, desde la sección, debe de esforzarse por descubrir el dispositivo enemigo por una observación y reconocimiento inintermitido (que no deberá limitarse a sus objetivos particulares).

(Continuará.)



La gran táctica de los Ejércitos democráticos se manifiesta en el mar, en la tierra y en el aire.

Diálogo entre dos soldados del frente fascista

—Adiós, Pepe. ¿Otra vez por aquí?

—Sí, Adolfo. Ya estoy de vuelta.

—Yo creí que no vendrías más por aquí, o por lo menos que tardarías más tiempo. Se decía que estabas muy grave, y hasta había quien aseguraba que te quedarías inútil.

—Pues ya ves, ni he tardado tanto, ni me he quedado inútil.

—Bueno, hombre; después de todo, me alegro. Al fin y al cabo, más vale verse en las trincheras que inútil.

—Yo también me alegro. Más bien quiero verme en las trincheras, esperando la muerte de una vez, que no verme en una hermosa ciudad impedido... y si te voy a ser claro, ni estando sano. Para lo que se ve y se oye...

—Cuéntame. ¡Cuéntame! ¿Qué pasa por la retaguardia? ¿Dónde has estado?

—Pues cuando me trasladaron del hospital de urgencia, después de veinte días, aunque me encontraba relativamente grave, me llevaron a otro hospital de Salamanca, porque había que dejar sitio a otros heridos que llegaban del frente. En el mismo hospital empecé a ver cosas que me desanimaban, que me repugnaban, a pesar de mis arraigadas convicciones fascistas. Cuando ya pude dejar la cama y paseaba por las salas del edificio, me dedicaba, con otros heridos, ya convalecientes como yo, a visitar a aquellos que aun se encontraban en estado más delicado, y fui dándome exacta cuenta de lo que es nuestra verdadera situación.

—Y ¿cuál es? ¿Perderemos acaso la guerra?

—No. No es eso. En eso nadie piensa. Pero para ti y para mí; para los de nuestra clase, ¿será igual ganarla que perderla?

—¿Por qué? No me lo explico. El Gobierno y todos los hombres públicos que parecen ayudarles, nos aseguran a diario que, con la fe en nuestra lucha, llegaremos al triunfo de la causa fascista, única que puede establecer en el mundo un régimen de mayor justicia para el trabajador, haciendo que el rico sea menos rico y el pobre menos pobre.

—Y yo siempre lo creí así. Por eso luché como voluntario desde el principio de la guerra. Porque creí que con nuestro triunfo tendríamos como

compensación la abolición de ciertos privilegios de castas y llegaríamos a una aproximación inteligente los dos elementos humanos que hoy nos odiamos a muerte: el señoritismo y el obrero; pero hoy tengo motivos de gran fundamento para dudarle si no somos suficientemente fuertes y comprensivos para poner nuestros postulados en práctica antes de llegar al final de esta lucha, que es el tiempo en que podremos imponerlo, porque después ya no estará de nuestra mano una nueva ocasión.

—¡Por Dios! Adolfo; no me desanimas. Te encuentro perdida la fe. Te veo muy pesimista.

—Bien sabes que nunca lo fui.

—Pero, ¿qué has visto para sentir esas dudas sobre nuestro futuro?

—Te voy a referir algo; y conste que no lo hago por desanimarte. Aun tengo la esperanza de que podremos asegurarnos un mayor bienestar para el porvenir. Todavía confío en que poniéndonos todos los pobres de parte del Gobierno, pero de verdad, de buena fe, ¡sólo al lado del Gobierno!, sin hacer caso de charlatanes — que con sus ardorosas y floridas frases sólo procuran encubrir sus egoísmos personales —, podremos señalarles el camino de suprimir a los que son y se preparan a ser nuestros nuevos explotadores.

Te diré lo que he visto.

A los hospitales llegaban a diario familiares y amigos de los heridos, y a todos se les oía la misma lamentación: "Ninguno podía llevarles un regalito de esos que sabes son característicos en esos casos." Unos dulces, un pequeño manjar preparado en la casa. Esas finezas en las que se pone el alma para ofrecerlas y son estímulo para vivir, siquiera sea para mostrar una ocasión recíproca, un sincero reconocimiento. ¡Nada! ¡Imposible! No se podía adquirir en la calle ni siquiera lo indispensable para medio vivir.

En cambio, me decían en el hospital, y algo pude comprobar de ello, que del racionamiento y abastecimiento del Centro salían furtivamente a la "calle" grandes porciones de aquellos artículos más preciados: leche, carne..., con destino muy distinto al que habían de ser aplicados.

En esto se veía la falta de escrúpulo de los usurpadores, y en la mayoría de los casos veía con ello un fomento de la prostitución.

Ya, en convalecencia, salía algunas horas a pasear por la hermosa población, teniendo ocasión de ver cosas para mí inesperadas. Un día encontré una joven, muy agraciada por cierto, hija de un carpintero de mi pueblo, cuya familia conocí siempre en una modestísima situación económica.

Me sorprendió verla lujosamente ataviada en animada charla con un militar de graduación, creo que era capitán, en la mesa de un lujoso café donde entré invitado por un amigo. En el semblante de ella se reflejó un gesto de sorpresa al reconocermé, y procuró esquivar un forzoso saludo volviendo disimuladamente la cara. Al cabo de un rato, el militar se marchó y, entonces, ella se dirigió a la mesa en que me encontraba, y se apresuró a explicarme lo que acaso, por curiosidad siquiera, no habría dejado de preguntarle.

Me dijo que su padre no tenía trabajo en el pueblo, y que uno de sus hermanos, el mayor, se había incorporado a nuestro Ejército, quedando ella en la casa con el padre y dos hermanos menores. Que la vida en el pueblo se hacía imposible, y que un día que pasaron tropas para el frente, quedó alojado en su casa un capitán joven, hijo de familia acomodada, con quien sostuvo correspondencia después de marcharse al frente, y que éste a su regreso estuvo nuevamente en su casa varios días, trayéndoles "comida buena y abundante" para algún tiempo, además de otros regalos para su exorno externo. Que le hizo ofrecimientos amorosos que ella puso en duda en un principio, hasta que finalmente cayó en sus brazos. Que había quedado embarazada, y que él mismo la llevó a una comadrona que la hizo abortar, y que finalmente la dejó abandonada en Sevilla, sin otros recursos que la venta de su pudor, del que tuvo que valerse para atender a las angustiosas demandas de auxilio económico que les hacía su infortunado padre, y que, así rodando, había llegado a Salamanca, y podía darme cuenta de lo demás; asegurándome que para poder vivir con alguna seguridad de alimentarse tenía que entregarse a los que administran los comestibles.

(Continuará.)

TEMAS DE MEDICINA

Cólera. Cólera morbo.—Enfermedad pestilencial, microbiana, epidémica, caracterizada por un flujo intestinal particular muy considerable, vómitos incoercibles y un trastorno profundo de la inervación, de la circulación y de la hematosis.

Se le ha denominado también *cólera asiático*, porque habiendo partido de las riberas del Ganges en las Indias Orientales en 1817, se ha extendido epidémicamente por el mundo entero. Francia ha sido particularmente castigada por el azote en 1832, 1849, 1854, 1865, 1874; otras epidemias relativamente benignas parecen indicar una atenuación considerable de esta formidable enfermedad.

Es contagioso, sobre todo, por las deyecciones de los enfermos, su ropa blanca manchada, contaminada, sus vestidos y sus cadáveres. Las severas reglas de la higiene individual e internacional han opuesto hasta aquí una seria barrera a la extensión del cólera, pero es de temer que todavía será causa de algunos destrozos, pues-

to que hay una gran parte de desconocido en su origen, su método de expansión y su modo de transmisión.

Se sabe que ciertas predisposiciones individuales favorecen la invasión del cólera, tales son las fatigas de toda naturaleza, el miedo, los excesos en el régimen, la permanencia en lugares oscuros y húmedos, pero se ignora el por qué esta enfermedad diezma una localidad mientras respeta una población vecina, a pesar de las frecuentes relaciones que pueden existir entre ellas; al mismo tiempo que es absolutamente cierto que las caravanas de peregrinos que frecuentan las riberas de Ganges o la mezquita de la Meca acarrean con ellos en sus desplazamientos el germen colérico.

Es verdad que estos peregrinos tienen una suciedad inaudita y una miseria casi absoluta. Mueren en gran número súbitamente, siderados, pero otros pueden marchar cuatro o cinco días con todas las apariencias de una buena salud y encontrarse ya lejos de su punto de partida cuando estalla la

enfermedad. Entonces el cólera se propaga con una rapidez proporcional a la rapidez de los medios de comunicación: marcha a pie, a caballo, en camello, en buques o en trenes; pero de todos modos, no se explica el por qué ciertas ciudades como Fontainebleau, Versailles, Lyon, por ejemplo, se han mostrado siempre refractarias a la invasión del cólera.

(Continuará.)

—o—

Disenteria.—La disenteria es esencialmente una enfermedad infecciosa, que presenta tres caracteres bien determinados, de los cuales el último es especial a los países templados, mientras que los dos primeros se encuentran, por lo común, en las regiones tropicales: es endémica, es decir, que reina continuamente en los países cálidos; es epidémica y contagiosa y se desarrolla, por consiguiente, con más facilidad en las aglomeraciones: este carácter puede aparecer en nuestros países templados; es esporádica, es decir, que ataca aisladamente a algunas personas, sin difundirse.

(Continuará.)

COMO COMBATE EN LA DEFENSA EL FUSIL-AMETRALLADORA

Cuál es su papel en la defensa.—Tener a raya al enemigo que avanza. Deshacer su asalto y abrir camino a los contraataques.

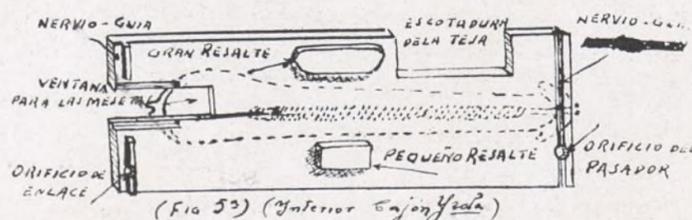
Manera de detener el avance del enemigo.—Se debe disparar contra las armas automáticas que apoyan el avance y tirar sobre los grupos que avanzan. Cuando lo hagan a la carrera, se debe tirar para detener delante del grupo, con objeto de obligar a éste a entrar en el haz. Se deben observar los grupos, los pasos difíciles y los retrasados. Cuando avanzan hombre por hombre, se debe disparar sobre la salida y cuando los grupos avancen a saltos, de tiradores, se barrerá el terreno para atemorizar al enemigo. Si el avance se realiza caminando, se debe apuntar a las interrupciones, a la salida, a las partes que sea posible coger de enfilada, dejando que el enemigo se meta en ellas. Hacer imposible el paso por un lugar tirando disparos sueltos.

Manera de deshacer el asalto enemigo.—Se tirará sobre las oleadas de enemigos que aun no hayan llegado a la posición, disparando sobre la cabeza (a jefes o soldados determinados) y sobre los grupos de asaltantes, y estableciendo sobre todo una barrera en las brechas que la artillería enemiga haya acabado de abrir en una línea.

(Del folleto Frente de la Juventud.)

— 5 —

agua, aproximadamente, con objeto de evitar al cañón la elevación de temperatura. Tiene en su parte superior una boquilla para la carga del mismo, y además el punto de mira, y en la parte inferior, otra para facilitar el des-



agüe, ambas con tapones roscados. En el lado izquierdo hay una válvula para escape de vapor, la cual, durante el fuego, queda abierta, pues la obturación se reduce a un tapón cónico que entra a frotamiento suave. En su parte anterior presenta dos orificios para la introducción del tubo de seguridad (barra) y del cañón, roscados en su interior para la fijación de dicho tubo y del cilindro protector. En la parte posterior tiene un orificio para



paso del cañón, y tiene además el tubo de expulsión de las vainas con su muelle de retenida.

Cajón de los mecanismos. (Fig. 5). Es de acero, de forma prismática. En él se alojan los mecanismos de cierre,

¡LA GUERRA!

“La guerra produce perniciosos efectos, y por tanto habría que suprimirla.” Así opinan los hombres generosos. Desgraciadamente, la guerra, función cruel de la vida, sigue su marcha destructora. Cuantos intentos se han hecho para acabar con ella han sido estériles. Desde que los Estados helénicos quisieron asegurar la paz, guiados por el oráculo de Delfós en el consejo anfictiónico hasta el Congreso de La Haya y la Sociedad de Naciones, todo ha quedado en intentos, en balbuceos, en buena voluntad. Es natural que cuando se agudizan los conflictos de tipo social, quizá la manifestación más lógica sea la guerra.

Cuando chocan violentamente la injusticia y la justicia, la razón y la sinrazón, la maldad o el bien, cuando se agotan todos los recursos legales o cuando se quieren establecer otros, no hay más que un procedimiento

Visado por la censura

para hacer desaparecer las resistencias que se oponen: el empleo de la fuerza. Lamentable extraordinariamente que esto sea así, pero ante la evidencia no hay más remedio que convencerse. La guerra es quizá la enseñanza más dura para el hombre, pero cuando se produce, el hombre ha de vencer la repugnancia que la matanza causa y ver en cada muerto del campo contrario la desaparición de un posible asesino suyo.

La lucha es necesaria en la vida, y la guerra es la lucha llevada al extremo más feroz, lucha antihumana, derivada del agotamiento de todos los procedimientos que humanamente se pueden emplear. La guerra entre dos potencias hay que diferenciarla de la guerra civil.

Por lo general, la primera se origina por las desavenencias entre dos Gobiernos, con cualquier motivo de más o menos importancia: nunca de tanta que merezca la pena de que sean sacrificados los trabajadores de ningún país. Recordemos sino las cau-

sas que motivaron el rompimiento de las hostilidades en la guerra europea.

Sin embargo, los principios de las guerras civiles son completamente distintos. En contraposición, el sentir de una parte de la nación con otra, en completo desacuerdo los criterios que no pueden llegar a tener un punto de coordinación en el desarrollo de la vida, la guerra civil se inicia cuando el enemigo vencido legalmente—con arreglo a la ley preestablecida—no cede ante las razones de derecho que le debieran obligar a renunciar a sus propósitos. Es entonces cuando, rebasando toda razón, el sublevado quiere imponerla con la guerra. En España la razón la rebasaron el Ejército y el Clero. Salvo excepciones, la mayoría de los militares y de los curas se levantaron en armas. Creyeron sorprender al pueblo, porque ante la falta de razón llevaban mucho tiempo preparando la guerra, y los sorprendidos fueron ellos cuando se encontraron con el pueblo invencible, que poco a poco llegará a conquistar la paz, venciendo.

LEUGIM

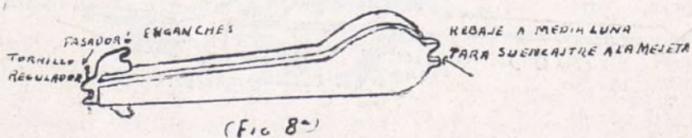
Imprenta de la 38 Brigada.

— 6 —

seguridad, automatismo, alza, alimentación, disparo y expulsión. En su parte superior, se halla la tapa (Fig. 6), y en ésta el alza. En su parte anterior, por medio de un pasador, y la posterior, por un pestillo que la inmoviliza, queda unida al cajón de los mecanismos. En la parte inferior de la tapa aparecen dos muelles planos de acero, que tienen por misión ayudar al descenso del *distribuidor* en su retroceso, y un pivote para evitar que el *porta mecanismos* se salga de sus canales guías de las *correderas* o *plati-*



nas. En la parte inferior (Fig. 7), cierra con una plancheta, que tiene un corchete y un ojal que engarzan en otros análogos que tiene la *varilla intermedia de disparo*. En su cara inferior tiene dos orejetas taladradas para el paso del perno de unión con el aparato de puntería en elevación. A la izquierda del cajón se coloca la cubierta (Figura 8), que sostiene y protege al muelle recuperador. A la

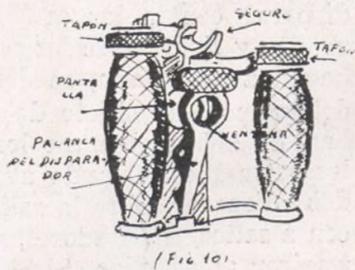
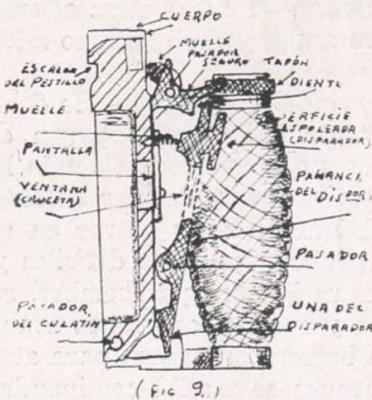


derecha contiene el manubrio, que sirve para efectuar a mano el movimiento automático del arma. El eje del manubrio penetra en el cajón por dos ventanas que éste tiene

— 7 —

para tal fin en su parte posterior. En la parte superior tiene dos escotaduras para asiento de la teja y mecanismo de alimentación. Se une al cajón el depósito refrigerador por su parte anterior, mediante encastrado a cola de milano, y en su parte posterior y de la misma manera se fija el *culatín* (Fig. 9 y 10).

Culatín. Este es de acero, con empuñaduras de madera que están huecas y sirven de depósitos de grasas. Con-



tiene el seguro, la palanca del disparador, con su cruceta y una superficie espoleada, donde hacen presión los dedos pulgares del tirador, y en su centro una ventana, para reconocer (quitando el cierre) el interior del cajón y cañón.